AÑO XXVIII
Número 1.391

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

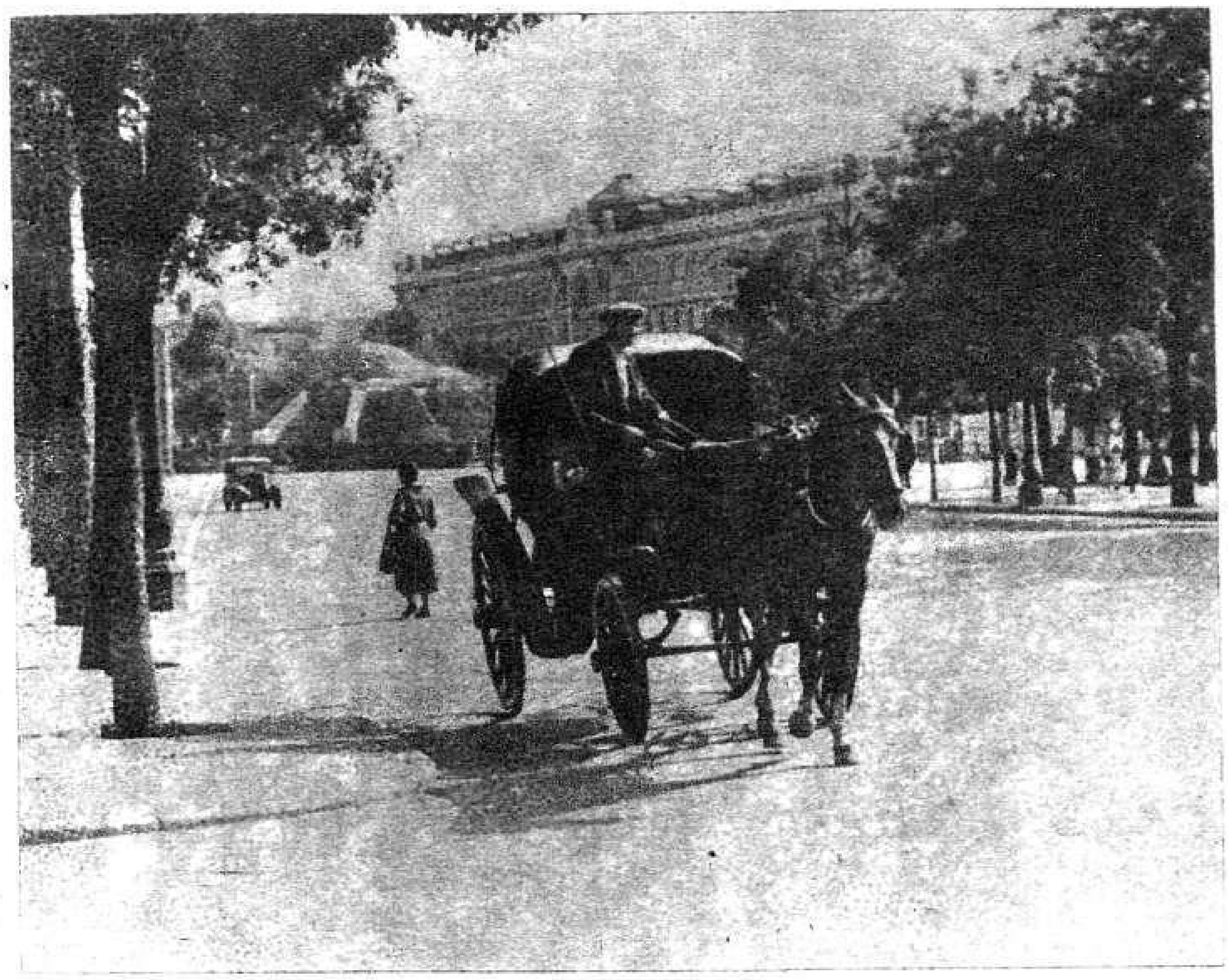
mundo gráfico

Miércoles,
29 de Junio
de 1938

40 CTS

ESTAMPAS DEL MADRID EN GUERRA

ANTE EL VIEJO "SIMON" RESUCITADO



Ha vuelto el «simón», con el recuerdo de todo lo que en él hay de tradición pintoresca, de eco de un Madrid zarzuelero y desaparecido
(Fot. Videa)

A la sombra de las acacias de Recoletos, al borde del encintado del paseo, está el viejo «simón», el «gomas» clásico, con su capota deslustrada y su penco esquelético. Estampa borrosa del Madrid de ayer, que toma nuevo colorido en el Madrid febril de la guerra.

Porque ha tenido que ocurrir todo este gigantesco drama que vive la ciudad para que el «simón», artefacto arrumbado en los desvanes de la tradición pintoresca, recobre brío y utilidad. Es toda una leyenda de enjundia localista y castizota la que evoca la presencia de nuevo en nuestras calles del «simón» claudicante y lento. Visión anacrónica de aquel Madrid bonachón y zumbón de principios del siglo, poblachón simpático de prestancias verbeneras que sólo salía de su plácido letargo cuando se anunciaba una buena corrida de toros o había escándalo en el Congreso. Aquel Madrid en el que imperaba el «simón» como un símbolo de que la vida iba despacio y como un trono rodante de majeza típica. Eran los tiempos en que un político famoso declaraba que España era un país sin pulso, y Madrid, capital y corte, dormitaba también en una indiferencia bonachona, arrullado por el fácil casticismo zarzuelero, como un pequeño burgués orondo y cordial entre chismes de tertulias cafeteriles y excursiones jaraneras a la Bombilla.

No se sabía entonces—no se supo en mucho tiempo—«quién era Madrid» y de lo que era capaz este Madrid único. Los ecos heroicos del Dos de Mayo se habían apagado al son de los organillos callejeros en una bonachonería negligente, indiferente. Madrid se fué a los toros la tarde que supo el desastre de Cavite. Los «simones» corrieron calle Alcalá arriba con las nietas de las manolas bravas y los descendientes de los guerrilleros. El «simón» lento, renqueante, con su jaco escuálido y su cochero a ratos malhumorado, a ratos filósofo, era como un símbolo de la vida nacional. Había jefe político, árbitro entonces de la vida española, que para presumir de demócrata tomaba un «simón» en días de crisis y, adormecido sobre sus fonjes muelles, resolvía durante un paseo los destinos del país.

El «simón» sintetiza toda una época de la vida española, porque fué toda una época de la vida de Madrid. Un Madrid buenazo y castizote, pero también indiferente y un poquito chismoso, que engreído por su categoría de capital y corte, adormecido en la áurea mediocridad que le daba el ser centro de la vida oficial, burocrática y política—ensueño de provincianos ambiciosos—, parecía una ciudad egoísta y sin nervios.

Y, sin embargo, todo el Madrid magnífico, viril y glorioso de hoy estaba intrínseco en aquel Madrid somnoliento, castizo y generoso. Fué preciso el huracán de la guerra para despertarlo, para alumbrar los manantiales de energía, los ricos veneros de heroísmo y civilidad que encerraba en sus entrañas Madrid.

Claro que antes había desaparecido el «simón». El motor lo atropelló, lo anuló. El *taxis* charolado y raudo arrinconó, como trasto inútil, al «simón» lento y viejo. Se aprendió a ir más de prisa. Y esto le dió a la vida un ritmo más intenso, de más enérgicas y raudas reacciones. Madrid fué un pueblo, que, como los más adelantados del mundo, también vivía ya de prisa.

La tradición polvorienta, pintoresca y ñoña iba en derrota. Desaparecieron callejas sórdidas y se hicieron amplias calles; se derribaron hostales míseros y se elevaron rascacielos; los altovoces de la radio sustituyeron al piano de manubrio. Como el *autotaxis* sustituyó al «simón», y el cochero se hizo obrero mecánico, y la mujer dejó el *alfombrao* y se incorporó al trabajo e igualó y superó en él a los hombres.

La gasolina desinfectó a Madrid de casticismo, que si era leyenda y aureola pintoresca, era también rutina y mugre y pereza e indiferencia cívicas. El pueblo escéptico, burlón y cachazudo de los años del «simón» y las zarzuelas chicas y las verbenas, se hizo un pueblo despierto, ágil, inquieto, que vivía a la hora y con las preocupaciones de la hora del mundo. El pueblo que ya no iba en «simón», sino en *auto* y en el *Metro*, tenía ya, con el acrecimiento de la actividad, prisa y pulso, conciencia y Sindicatos.

El grave error de los militares al sublevarse y su fracaso en Madrid en aquellas primeras jornadas de Julio fué haber creído que Madrid era todavía aquel Madrid pastueño e indiferente de los «simones», donde bastaba el brillo de un espadón para apoderarse de los destinos de un pueblo adormecido por discursos en las Cortes, partidas de mus y rondas de peleón.—JUAN FERRAGUT

El doctor Peynado, nuevo Presidente de la República Dominicana, que se hallaba en Madrid al comenzar la guerra, aparece aquí, en la fotografía, acompañando al Presidente saliente, don Rafael L. Trujillo, en un acto oficial

El nuevo jefe del Estado Dominicano

El Presidente de la República, doctor PEYNADO, que oyó en Madrid los primeros tiros de la guerra

La visita a Toledo.—Cuando iba a buscar el sitio en que mataron a Prim.—La guerra será larga

PARA España, cada día más robusta su individualidad geográfica y espiritual, pero cada día también, por esa misma robustez creciente, más fuertemente vinculada a la existencia de los demás pueblos del mundo, un cambio en los hombres o en los rótulos políticos de cualquier nación extranjera adquiere extraordinaria importancia.

Cuando del Foreing Office sale míster Eden para que entre lord Halifax; cuando a León Blum le sustituye en el Gobierno de Francia monsieur Daladier... Pero no son solamente las grandes Potencias europeas, con su influencia tantas veces decisiva en los destinos de todos los países de Europa y del mundo. Ni los Estados Unidos, con su prestigio, casi mítico, de árbitros mundiales por la decisión inapelable del dólar... Son, además, las pequeñas naciones que por la vigencia de Tratados o Acuerdos por los que pudieran encontrarse en determinadas circunstancias comprometidas en esta guerra internacional en que la guerra civil española fué cambiándose, o por identidad sentimental con una de las dos fuerzas que luchan, hay que considerar como incorporadas a la vida de esta España de ahora.

La República Dominicana así. Atenta a la sucesión de episodios históricos por que España va pasando... Desde 1936. Desde Julio de 1936. Cuando el presidente Trujillo establecía un hilo de comunicación directa y constante entre la jefatura de aquel Estado y su representación plenipotenciaria en Madrid, reivindicando viejos sentimientos españoles de raza para el derecho a una intervención humanitaria en la inhumanidad de la lucha y para el deber de un acatamiento riguroso a las disposiciones del Gobierno legal.

Cuando creaba bajo su patrocinio en la capital española el Hogar de los huérfanos de la guerra y acogía en la propia residencia diplomática a tantas familias que habían visto atropellada su vivienda por el ímpetu brutal devastador. Y así hasta ahora, cuando aquel mismo presidente, cumplido el período constitucional de su mandato y renunciando a una reelección popular—que, tal y como se proyecta hoy su figura ante el exterior, parecía segura—, abandona la jefatura de aquel Estado mientras la opinión pública designa el sucesor.

La República Dominicana ha elegido ya el nuevo presidente. Es el doctor Jacinto Bienvenido Peynado, que, por su significación política—la misma, democrática, liberal, reciamente enraizada a las tradiciones históricas de su patria; pero ambiciosamente asomada a todas las anticipaciones sociales de los pueblos más avanzados en el concepto de la función de la riqueza y de los derechos del trabajo, que encarnó en el presidente Trujillo—, no interrumpirá, consolidará aquella obra de engrandecimiento nacional y de fecundas relaciones internacionales que su antecesor dejó tan bien asentada y tan certeramente emprendida.

Para España, el sufragio que ha llevado a la jefatura de aquel Estado al doctor Peynado ha puesto al frente de la política dominicana a un amigo. El que, a través de lecturas españolas, trajo repetidamente, viajero a España, su pensamiento y su corazón. El que en 1936, en aquel Julio de 1936, rehacía con sus pasos sobre la calle de Alcalá madrileña, sobre la Plaza de Zocodover toledana, aquellos viajes españoles de su corazón y de su pensamiento. El que—pólvora en las calles, rabia popular en las calles—cuando empezó la guerra «estaba aquí».

Antes de que Toledo se sublevase contra la República

El doctor Jacinto Bienvenido Peynado—entonces vicepresidente de la República dominicana—visitaba España con carácter particular. No eran los agasajos oficiales, ni las ceremoniosas cortesías diplomáticas lo que buscaba en nuestro país, sino su expresión callejera y espontánea, la verdadera fisonomía española en sus realidades presentes y en la huella de sus realidades pasadas. En Madrid se alojó en uno de los hoteles de la Gran Vía, con terraza en la que podía sentarse entre la muchedumbre heterogénea de una clientela popular. Quería ir a Toledo; pero de un día a otro iba aplazando la visita. Mientras tanto, el gobernador de aquella provincia apremiaba al ilustre huésped con llamadas frecuentes a la Legación Dominicana y al mismo hotel. «¿Cuándo viene por aquí el vicepresidente?» Y era que se presentía ya que de demorar más el viaje, acaso no pudiera realizarlo.

Pero el doctor Peynado aún llegó a tiempo de recorrer Toledo antes de que se sublevase allí el coronel Moscardó.

Pocos días después, hasta aquella terraza del hospedaje del doctor Peynado en la Gran Vía madrileña salpicaba la pólvora de los primeros tiros que iban a poner a Madrid en pie de guerra. Y en aquella misma atmósfera cargada de humo y de gritos bélicos se acomodaba el doctor Peynado en uno de los viejos coches de punto de un costumbrismo madrileño de la época colonial, para hacerse llevar por el cochero, supervivencia del Madrid colonial también, hasta el lugar exacto en que mataron a Prim, en la calle del Turco.

En la Legación de la República Dominicana se inauguró ayer una interesante Exposición de cuadros del gran pintor español Santosanz, patrocinada por el ministro de aquel país, don César Tolentino. En nuestra foto aparece el gran artista junto a una de las magníficas obras expuestas (Fot. Videa)

También el doctor Peynado previó en aquellos días que la guerra sería larga

Pero ya no era la ocasión de los viajes de turismo, ni de las restauraciones históricas sentimentales. El viaje del doctor Peynado tenía que interrumpirse así. El pueblo de Madrid había dominado la sublevación militar rápidamente. Pero Madrid no es toda España.

—Me voy apenado—decía el doctor Peynado a sus amigos antes de partir para Valencia, en cuyo puerto embarcaría en un navío inglés—. España ha de pasar por pruebas durísimas todavía. Esto va a ser una guerra larga.

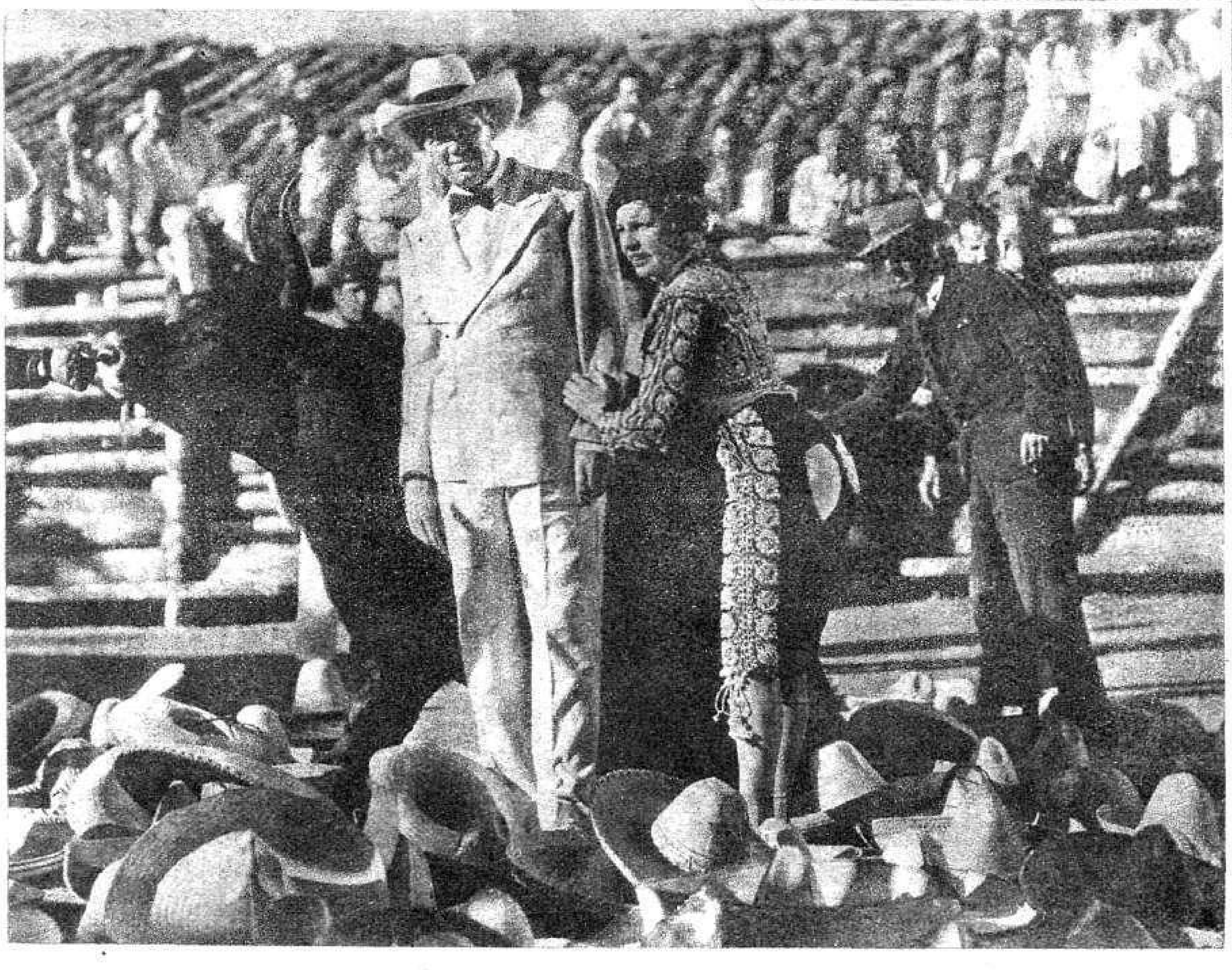
Una guerra larga—y ancha—, que ahora el doctor Peynado habrá de seguir desde la Presidencia de la República Dominicana, con aquella misma conmovida atención, con aquella entrañable ansiedad con que la vió estallar, como un explosivo, desde una acera popular madrileña, va a hacer ya dos años. Mientras Madrid y toda España están multiplicando infinitamente sobre cada una de sus perspectivas y en cada uno de sus ángulos los lugares históricos, que, como el de la calle del Turco, podrá volver a buscar luego por senderos de madrileñismo y de españolismo ideales su cordial afición a nosotros.

José ROMERO CUESTA

La entrega de una bandera al S. T. E.

La barriada 2 del Sector Oeste del Socorro Rojo Internacional ha regalado al Servicio de Tren del Ejército una bandera, que fué solemnemente entregada en la mañana del domingo último, durante el festival que, con tal objeto, se verificó en un cinematógrafo del barrio de Chamberí. Nuestra foto recoge el momento de la entrega (Fot. Videa)

La guerra, el humor y la españolada



Mientras España se desangra en la guerra, la españolada proyecta aún sus perfiles más allá de las fronteras. Aún, a pesar de la enorme fuerza patética de nuestro drama, se nos ve por algunos a través de una retina hecha de tópicos, de convencionalismos y de falsedades. He aquí, por ejemplo, estas fotos de un film que acaba de ser realizado en Norteamérica. Españolada pura. La actriz Martha Raye usa en la película un traje que es copia exacta del que Rodolfo Valentino lucía en la película «Sangre y arena». Hay, sin embargo, una atenuante: el film es, sin duda, a juzgar por esas escenas que de él nos llegan, una creación humorística. Por tanto, «si es broma, puede pasar». Porque, al mismo tiempo, de Norteamérica, el gran país creador de la película —«El embrujo del tópico» es el título—, nos llegan de modo constante pruebas de la emoción y el calor con que comprenden y siguen el dolor de nuestra lucha

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Ropa nueva

En uno de los frecuentes donativos que la solidaridad de la retaguardia envía a los frentes, a mí me cupo en suerte una muda completa. La camisa, fina y de buen corte; la camiseta y los calzones, todo, era de tan excelente calidad, que decidí no usarla de momento en el campo, reservándola para estrenarla cuando disfrutara el primer permiso.

El día antes de que me lo concedieran, como observara que de llevarla algún tiempo en el macuto la ropa nueva no estaba lo bastante limpia, decidí lavarla. A pocos pasos de nuestra trinchera había una charca; no tenía el agua bastante para bañarnos; pero sí para proceder a un aseo rudimentario.

Lavé concienzudamente mi muda. Era ya casi de noche cuando terminé la tarea, sin dar importancia a que de cuando en cuando el enemigo, desde unas lomas lejanas, no se cansaba de hacer disparos. Pero las balas silbaban altas y no hacían blanco.

Tendí mi muda, mejor dicho, colgué las prendas en las ramas de una encina, y me fuí a descansar, ya que aquella noche no tenía servicio de parapeto.

La noche fué un poco agitada. El enemigo estuvo hostilizando con fuego de fusil y ametralladora.

A la mañana siguiente me levanté, y mi primer cuidado fué el ir a recoger mi ropa. Allí estaba toda: seca, blanca; ¡un completo elegante!

No ocurría más que una pequeña cosa: que en la camisa, en los calzones, hasta en un pañuelo que había puesto entre las ramas, se habían ensañado las balas enemigas durante la noche. ¡Y la prenda que menos tenía, tres o cuatro boquetes chamuscados, que no habría zurcidora que se atreviese a arreglarlos!—CELESTINO COBOS».

Buena madre

«Ibamos en servicio de descubierta, desplegados en guerrilla, en uno de esos avances en que lo que más desconcierta es precisamente no encontrar enemigo.

Andando, andando, llegamos frente a una casita circundada de un huerto lleno de árboles frutales que, ni que decir tiene, estaban mondados en absoluto.

En previsión y, como dicen en Madrid, «por si las moscas», rodeamos la casa a cierta distancia y nos acercamos con las debidas precauciones.

En este instante, una labradora, vestida de negro, salió a la puerta de la casa, y empezó a hacernos señas agitando un pañuelo blanco. Nos acercamos, ya sin recelo. La mujer, una anciana, nos acogió con vivas muestras de alegría al comprobar que pertenecíamos al Ejército del pueblo.

Con gran emoción nos contó que estaba sola en su huerto, porque su hijo único se fué al pueblo al principio del movimiento y se enroló como miliciano.

Durante los dos meses que habían estado los fascistas por aquellos contornos, ella había pasado mucha inquietud, temiendo a cada instante que supieran que su hijo luchaba a nuestro lado. Hasta el día anterior, en que se fueron de madrugada, se había alojado en su casita una patrulla fascista.

La anciana tenía una alegría infantil. Nos preguntó quién era nuestro jefe, y al presentarme yo como sargento de la compañía, me dijo, alborozada:

—Tengo para vosotros un regalo. Está escondido. Aunque «ellos» han estado aquí muchos días y no comían nada bien, no he querido descubrirles el «escondrijo». A vosotros, sí. Sois compañeros de mi hijo, y todo lo que yo tenga es para vosotros.

Y la buena vieja nos llevó al corral. En la leñera nos hizo mover una gran piedra, que ocultaba el hueco de una especie de pequeña cueva, disimulada con retama y estiércol. De la cueva, donde había algunos otros envoltorios, extrajo la anciana un magnífico jamón, unas ristras de embutido, dos frascos con ricas peras aragonesas y una bota de vino de lo menos una arroba.

—Este—nos dijo la vieja, mostrándonos el vino—es de la cosecha de hace tres años. Para cuando volviera mi mozo lo tenía guardado. Pero a él le sabrá bien que lo bebáis vosotros, sus compañeros.

Y con el pulso trémulo nos ofrecía la bota colmada, de la que íbamos bebiendo. Y parecía que en cada uno de nosotros hacía una ofrenda maternal al hijo ausente, porque por sus mejillas apergaminadas corrían lágrimas de ternura.—CELESTINO RAMÍREZ. *En el frente del Este*».

MATICES DE LA RETAGUARDIA

MADRID COMPRA FLORES

En el Madrid en guerra, ejemplo vivo, timbre de orgullo para España y motivo de admiración para el mundo, todo está, ciertamente, subordinado a la dramática realidad del momento. La guerra y sus necesidades lo llenan todo y lo rigen todo.

Pero también—y éste es quizá uno de los matices más admirables de nuestra ciudad—aún se mantienen en ella, por el fervor de la costumbre y la serenidad del espíritu popular, costumbres, especies de ritos laicos propios y típicos de los tiempos de paz.

Ha llovido—y llueve—sobre Madrid metralla; aúlla la guerra como un lobo hambriento a sus puertas, y, sin embargo, hay cosas, al parecer superfluas, porque son sólo recreo y lujo de los sentidos, que siguen existiendo y preocupando.

Esto es simplemente el exponente máximo de la serenidad, de la elegancia espiritual, entrañable y magnífica de que está dotado Madrid.

La guerra nos impone escasez, una austeridad máxima, una sobriedad que no por ser virtud racial es menos dura.

Pues bien: en el Madrid sobrio, en el Madrid carente, han desaparecido las «colas» para adquirir víveres y elementos imprescindibles para la vida. Todos hemos sabido hacer de la privación obligación cívica y someternos a la rigidez de los racionamientos.

Pero todavía subsisten dos «colas», acaso las dos únicas que pueden y deben subsistir, porque son símbolos de la fina espiritualidad, del deleite inteligente que, pese a todas las durezas de la guerra, perviven en Madrid.

Una es la «cola» para adquirir periódicos, pan de cultura, del que cada día se demuestra mayor avidez.

Y la otra «cola», por su significación simpática, de fina humanidad, de anhelo de gracia y belleza—instinto y lujo del pueblo—, también merece una exégesis particular.

Ciertos días — los domingos sobre todo—, cuando están cerradas las tiendas de abastos y descontada, por tanto, toda apetencia material, se ven a la puerta de establecimientos céntricos, ante las verjas de ciertos jardines y en rolde ante los puestecillos ambulantes, «colas» formadas, en su mayoría, por mujeres.

¿Qué expenden en esos lujosos establecimientos, en esos jardines, en esos tingladillos callejeros? Flores, sencillamente flores. Rosas de Aranjuez y alhelíes y lilas de los huertos madrileños; algún clavel de la vega valenciana o de los vergeles de Murcia, y toda la gama de los viveros urbanos, lograda en fuerza de cuido y de trabajo: que la meseta castellana, austera y de clima duro, no es propicia a exuberancias florales.

Ni el drama de la guerra, tan próximo; ni la tensión máxima de una retaguardia sometida desde hace tiempo a todos los rigores, han podido extirpar en la madrileña, en la abnegada mujer de nuestro pueblo, el gusto por las flores.

Ya no es en las tiendas céntricas aquella clientela aristocrática que hacía sus encargos por teléfono y que delegaba en

Pequeños detalles que hacen las grandes cosas: en las calles madrileñas se continúa comprando flores a los veintitrés meses de lucha...

(Fots. Videa)

La guerra está muy próxima. Pero en las tiendas de flores—triunfo del espíritu, que vale por todas las batallas materiales—se continúa trabajando fervorosamente en la preparación de los ramos

La tensión máxima de una retaguardia sometida desde hace tiempo a todos los rigores no ha podido estirpar en la mujer madrileña el gusto de las flores

la servidumbre la misión de renovar sus tibores. Ahora es la trabajadora, la mujer del taller y de la oficina, la menestrala, la madre de familia, que busca cada domingo, por sí misma, su humilde ramo, y lo lleva embrazado, contra su pecho, orgullosa de su lujo pueril, de su tesoro perfumado. Ramo que irá a ser ofrenda ante el retrato del compañero o del hijo ausente o perdido, y que adornará la pobre mesa como el mejor requisito de la austera comida de guerra.

Pequeños detalles que hacen las grandes cosas. Mínimos matices que afinan y definen la gran gesta de Madrid. A los veintitrés meses de lucha, cuando está saturado de dolor, de esfuerzo y de sacrificio, todavía Madrid compra flores. Todas las que llegan, todas las que se producen. Con avidez y con prisa, como si este lujo de los sentidos fuera una necesidad entrañable. Apetito aun vivo y cordial por las cosas bellas, por las cosas «necesariamente superfluas», que alegran la vida y la decoran y la prestigian.

Porque la necesidad de pan es instintiva e ineludible; por eso es más admirable el ejemplo de un pueblo que, cuando el pan no sobra y tiene la guerra cerca y siente en su carne las heridas de la metralla enemiga, aún se permite el lujo espiritual de desear y comprar flores.

Triunfo del espíritu que vale por todas las batallas materiales.

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA (INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

Del lunes 27 de Junio al domingo 3 de Julio de 1938

TEATROS

IDEAL.—6, La campanera.

A las 6,30

ASCASO.—Son mis amores reales.

BARRAL.—El fakir.

COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!

CHUECA.—Infierno en la aldea.

ESLAVA.—Yo quiero ser *vedette*.

ESPAÑOL.—Yerma, de García Lorca.

FUENCARRAL.—La chula de Pontevedra.

GARCIA LORCA.—¡Pide por esa boca!

JOAQUIN DICENTA.—Las ansiosas.

LARA.—Los hugonotes y La real gana.

LOPE DE VEGA.—¡Qué más da!

MARAVILLAS.—Las leandras.

MARTIN.—¡Las hay... frívolas!

PARDIÑAS.—Mary Luz (leyenda lírica).

PAVON.—Retaguardia.

PROGRESO.—La Malquerida.

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—6, Gran éxito del nuevo espectáculo Variedades 1938, plasmado en soberbios cuadros, en los que intervienen La Yankee, Arthur, Carmelita Sevilla, Lerín, Marujita Pereira, Los Farman, Conchita Muñoz, Orquesta Calderón, Celia Ripoll, Consuelito Zamora, Carmencita López, Finita Odeón, Jerezana y Macarena, Marchena, Carmelita Caballero, Inesita Pena y Orquesta Palermo.

VARIEDADES.—4,45 y 7, Extraordinario programa: Teresita Díaz, Luisita Arellano, Carmencita Boves, Maruja Quiroga, Juanito Graciel, Bella Nelly, Los Piters, Victoria Madrid, Chavalillos Madrileños, Encarnita Iglesias, Carmelita Vázquez, Pepe Pinto, Caracol, Manolo Bonet, Hermanas Piquer, Shirley Temple española, Orquesta Florida.

ZARZUELA (la Metrópoli de las Variedades).—6, Temporada popular, butaca 5 pesetas. Nuevo y formidable programa.

CINEMATÓGRAFOS

BILBAO.—6 (única función). El gran Ziegfeld (en español).

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—El vidente. Jueves: No dejes la puerta abierta.

AVENIDA.—No me dejes (en español).

BARCELO.—Marinela (por Tino Rosi).

CAPITOL.—La feria de la vanidad.

DORE.—El gato montés (española). Jueves: Aeropuerto central.

ENCOMIENDA.—Madre querida.

FIGARO.—La voz de la selva.

GENOVA.—John Strauss. Jueves: Rebelión en China.

GOYA.—En persona. Jueves: Los tripulantes del Cielo.

LATINA.—¡Abajo los hombres!

MONUMENTAL.—Mártir del honor.

PADILLA.—El caballero del Folies. Jueves: Quiéreme siempre.

PALACIO DE LA MUSICA.—Una chica de provincias.

ROYALTY.—Polvorilla. Jueves: Juventudes rivales.

SALAMANCA.—El pequeño vagabundo.

TETUAN.—El hombre sin rostro.

TIVOLI.—Bajo dos banderas.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES (refrigerado).— Semana Walt Disney.

CALATRAVAS.—Suzy.

CARRETAS.—Mary Burns, fugitiva.

GONG.—Desfile de candilejas.

MADRID-PARIS (refrigerado).—Romance de estudiantes.

De 5 tarde a 9 noche

BELLAS ARTES.—Roberta. Jueves: El hombre sin rostro.

BENAVENTE.—Ahora y siempre. Jueves: ¡Centinela, alerta!

CHAMBERI.—Compás de espera. Jueves: La vida futura.

DOS DE MAYO.—Vivamos de nuevo.

ELCANO.—Clive de la India.

FLOR.—La última noche. Jueves: ¡Duro y a la cabeza!

HOLLYWOOD.—Verónica. Jueves: El doble crimen de la Universidad.

METROPOLITANO. — Siempreviva. Jueves: Entre esposa y secretaria.

OLIMPIA.—El crimen de Vanities. Jueves: La frontera del amor.

PLEYEL.—Deseo. Jueves: El último pagano.

PRENSA.—El secreto de una noche.

CINES CON «FIN DE FIESTA»

De 11 mañana a 9 noche

PANORAMA (refrigerado).—El Duque de Hierro.

De 5 tarde a 9 noche

DURRUTI.—El despertar de una nación y «Fin de fiesta».

PROYECCIONES.—Catalina y «Fin de fiesta».

RIALTO.—Matando en la sombra y «Fin de fiesta».

El sueño de los días en que el hombre será casi perfecto

Wells Y SU VISION DE LOS DIAS FUTUROS

La formación de un Estado mundial después de la Edad de las Tinieblas

Wells, el gran escritor inglés, cuya honda mirada sabe penetrar aguda y audazmente en los enigmas del porvenir de la Humanidad

He aquí al escritor jugando a los soldaditos en su casa de campo

NINGÚN observador atento de los acontecimientos actuales puede dejar de advertir que nuestra época presenta todos los signos característicos de un período histórico decisivo. Como en los tiempos de la decadencia de Roma, de la Reforma y de la Revolución francesa, todos los trazos fundamentales de nuestro tiempo están en trance de desaparecer.

Un profundo malestar reina en las instituciones políticas, que no inspiran más que desconfianza. En todo el mundo palpita el sentimiento de haber perdido la dirección social. Se ataca, francamente o insidiosamente, las ideas de libertad y de razón que parecían formar parte del patrimonio definitivo de la Humanidad civilizada. Tales son los hechos actuales. ¿Adónde nos llevan? ¿Adónde vamos? ¿Qué podemos descifrar en el sombrío caleidoscopio que desarrolla sus imágenes ante nuestros ojos?

La respuesta a estas preguntas ha sido dada por Wells en su reciente libro *La forma de las cosas venideras*. Un libro que no será, desde luego, leído con optimismo fácil. Pero era necesario que fuese dada esa respuesta. Es sabido que el gran escritor posee en alto grado el don de la visión profética y un agudo sentido de la perspectiva histórica. Si él puede engañarse en el paso que da, al menos ve claramente su objetivo. Y queda siempre un escritor apasionante, pleno de ideas, de espíritu abierto a las cosas interesantes que se desarrollan a su alrededor.

La Edad de la Penitencia y la Edad de las Tinieblas

Habla Wells del libro póstumo de un tal Philip Raven, funcionario de la Sociedad de Naciones, que tenía el don dichoso de soñar el porvenir con una exactitud asombrosa. Este Raven había anotado sus visiones en un volumen que parece constituir un capítulo suplementario, trazado con fantasía y espíritu, de la obra de Wells *Esquema de la Historia*.

Comienza el desfile de los siglos venideros. Empecemos por nuestra época, la Edad de la Penitencia. Vemos retroceder a la Civilización, con sus errores económicos, sus vanos nacionalismos, sus querellas territoriales, que conducen a la guerra.

El período de las luchas termina por el derrumbamiento de la Civilización.

Las enfermedades diezman el mundo; son interrumpidas las comunicaciones; el progreso técnico y la producción en serie se detienen. Vuelve a caer el mundo en una época lamentable; los Estados Unidos, por ejemplo, no son más que un vago sistema de Comunidades sin unidad federal. En 1960, la Humanidad parece llegar a la Edad de las Tinieblas.

Un Estado mundial

Mas entre el desastre aparecen los signos de la renovación. Pensadores medio olvidados habían preconizado, en la Edad de la Penitencia, la necesidad de formar un Estado mundial. La salvación viene de una Conferencia de aviadores de todo el mundo—que han persistido en su idea y en su trabajo, a pesar de la degeneración general—, convocada en Bassora en 1966. Han recurrido al método de conspiración abierta, preconizado por Wells desde hace tiempo. Ayudados por sabios—comprendidos entre éstos los dedicados a las Ciencias sociales y los técnicos—, se apoderan del Poder, suprimen, con la audacia suprema de la juventud, los derechos de propiedad, y llegan rápidamente a ser, gracias al control de los transportes, los dueños del mundo.

Crean un Gobierno sobre la base de la participación igual de cada uno en los bienes comunes. La Comunidad mundial se convierte en propietaria de todos los bienes, con excepción de los objetos estrictamente personales, y la medida de los valores es parecida a la que preconizan los «tecnócratas» actuales. Al disponer de la única fuerza armada verdaderamente efectiva, los aristócratas del aire imponen fácilmente su voluntad a los pueblos empobrecidos.

En 2069 la razón habrá recobrado su imperio

El nuevo Estado mundial se desarrolla rápidamente, aunque no sin dificultades. La prosperidad llega pronto, gracias a los esfuerzos—unificados y dirigidos—de todos. Hacia 1970, la autoridad del nuevo Estado es debida a un fuerte sentimiento de camaradería, de compenetración.

El control de los transportes da al Gobierno el de las materias primas, y sus escuelas le permiten ganar el espíritu de los niños. La producción aumenta rápidamente, y la segunda Conferencia de Bassora (1978) impone su autoridad en ese aspecto de la vida.

Se adopta un plan de trabajo y reconstrucción de treinta años, que está en peligro de malograrse por las querellas personales, por el deseo del Poder. La ambiciosa tentativa no sigue adelante; pero inaugura una época de asesinatos políticos: cuarenta y siete mil ejecuciones capitales disciplinan severamente a los hombres.

Una tercera Conferencia limpia y purifica definitivamente el mundo. Las epidemias desaparecen. El pueblo se instala en sus hogares. La instrucción y la educación recuperan su marcha. En 2069 el Estado mundial ha terminado la primera fase de su existencia. La Razón ha vuelto a ser dueña triunfante de los destinos humanos.

Este número ha sido visado por la Censura

Talleres de Prensa Gráfica, S. A. Hermosilla, 73. Madrid